

# Acto de Consagración de los Sacerdotes al Inmaculado Corazón de María

Madre Inmaculada,  
en este lugar de gracia,  
convocados por el amor de tu Hijo Jesús,  
Sumo y Eterno Sacerdote, nosotros,  
hijos en el Hijo y sacerdotes suyos,  
nos consagramos a tu Corazón materno,  
para cumplir fielmente la voluntad del Padre.

Somos conscientes de que, sin Jesús,  
no podemos hacer nada (cfr. Jn 15,5)  
y de que, sólo por Él, con Él y en Él,  
seremos instrumentos de salvación para el mundo.

Esposa del Espíritu Santo,  
alcánzanos el don inestimable  
de la transformación en Cristo.

Por la misma potencia del Espíritu que,  
extendiendo su sombra sobre Ti,  
te hizo Madre del Salvador,  
ayúdanos para que Cristo, tu Hijo,

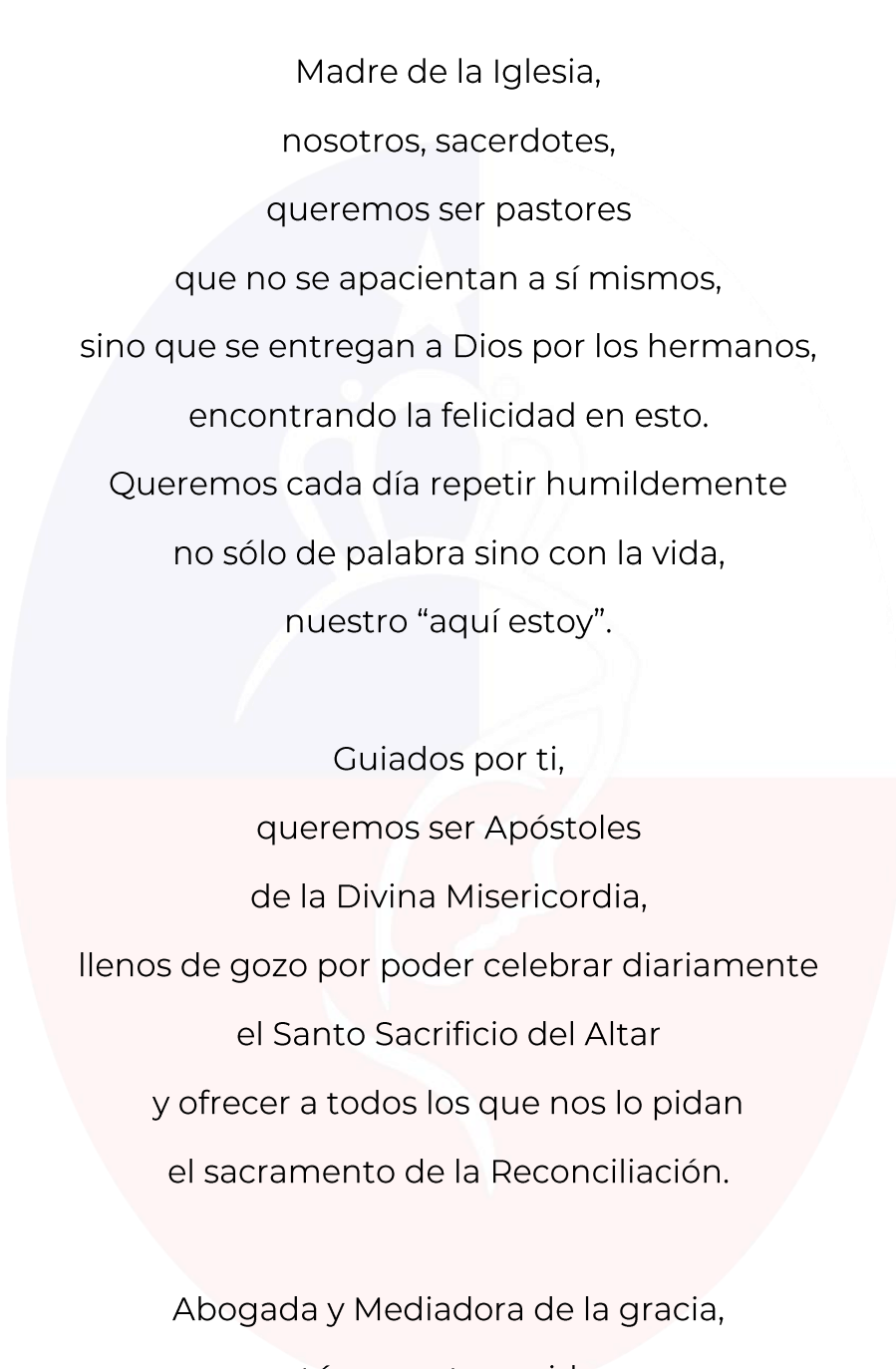
nazca también en nosotros.

Y, de este modo, la Iglesia pueda  
ser renovada por santos sacerdotes,  
transfigurados por la gracia de Aquel  
que hace nuevas todas las cosas.

Madre de Misericordia,  
ha sido tu Hijo Jesús quien nos ha llamado  
a ser como Él:  
luz del mundo y sal de la tierra (cfr. Mt 5,13-14).

Ayúdanos,  
con tu poderosa intercesión,  
a no desmerecer esta vocación sublime,  
a no ceder a nuestros egoísmos,  
ni a las lisonjas del mundo,  
ni a las tentaciones del Maligno.

Presérvanos con tu pureza,  
custódianos con tu humildad  
y rodéanos con tu amor maternal,  
que se refleja en tantas almas  
consagradas a ti  
y que son para nosotros  
auténticas madres espirituales.



Madre de la Iglesia,  
nosotros, sacerdotes,  
queremos ser pastores  
que no se apacientan a sí mismos,  
sino que se entregan a Dios por los hermanos,  
encontrando la felicidad en esto.  
Queremos cada día repetir humildemente  
no sólo de palabra sino con la vida,  
nuestro “aquí estoy”.

Guiados por ti,  
queremos ser Apóstoles  
de la Divina Misericordia,  
llenos de gozo por poder celebrar diariamente  
el Santo Sacrificio del Altar  
y ofrecer a todos los que nos lo pidan  
el sacramento de la Reconciliación.

Abogada y Mediadora de la gracia,  
tú que estas unida  
a la única mediación universal de Cristo,  
pide a Dios, para nosotros,  
un corazón completamente renovado,  
que ame a Dios con todas sus fuerzas

y sirva a la humanidad como tú lo hiciste.

Repite al Señor  
esa eficaz palabra tuya: “no les queda vino” (Jn 2,3),  
para que el Padre y el Hijo derramen sobre nosotros,  
como una nueva efusión,  
el Espíritu Santo.

Lleno de admiración y de gratitud  
por tu presencia continua entre nosotros,  
en nombre de todos los sacerdotes,  
también yo quiero exclamar:

“¿quién soy yo para que me visite  
la Madre de mi Señor? (Lc 1,43)

Madre nuestra desde siempre,  
no te canses de “visitarnos”,  
consolarnos, sostenernos.

Ven en nuestra ayuda  
y líbranos de todos los peligros  
que nos acechan.

Con este acto de ofrecimiento y consagración,  
queremos acogerte de un modo  
más profundo y radical,  
para siempre y totalmente,

en nuestra existencia humana y sacerdotal.

Que tu presencia haga reverdecer el desierto  
de nuestras soledades y brillar el sol  
en nuestras tinieblas,  
haga que torne la calma después de la tempestad,  
para que todo hombre vea la salvación  
del Señor,  
que tiene el nombre y el rostro de Jesús,  
reflejado en nuestros corazones,  
unidos para siempre al tuyo.

Así sea.

Autor: Su Santidad Benedicto XVI

Fuente: vatican.va